

Algunas consideraciones sobre el carlismo navarro

MARTIN BLINKHORN

El Reino de Navarra posee una cantidad imponente de tesoros históricos: éstos incluyen no solamente los restos palpables del pasado, sino también los fenómenos históricos dignos de la atención de nosotros los historiadores. Para quien se dedique al estudio de la Navarra contemporánea, quizás el fenómeno más digno de tal atención es el carlismo. El carlismo, claro está, era durante un siglo un movimiento de categoría nacional; en ciertos momentos de su larga vida alcanzó una potencia considerable en otras regiones (Vascongadas, Cataluña, Levante, Aragón) de España. No obstante, fue este reino de Navarra la región que, a través de muchos años, se hizo el baluarte principal del carlismo. La significación del carlismo tampoco se limita a España, ya que representó, y sobre todo en su manifestación navarra, el movimiento político más perdurable de toda Europa, tanto como un paradigma de la derecha tradicionalista europea. Como tal, el carlismo navarro demostró que poseía el poder singular de inspirar y movilizar una lealtad apasionada, de meter en el campo de batalla un ejército formidable, y de transmitir intactos y robustos, a través de varias generaciones de navarros, sus mitos y valores. Incluso en estos días, mientras que el carlismo, entendido como fuerza política efectiva, tal vez pueda considerarse extinto, sería temerario el que intentase negar el lugar central que al carlismo le corresponde en la cultura y memoria populares de esta región.

Si, en esta comunicación, intentase el comunicante un resumen histórico del largo y complejo viaje del carlismo navarro, a lo mejor tal tentativa resultaría no muy alumbrante sino demasiado superficial. Por esta razón prefiere el comunicante ofrecerles a Vds. una breve consideración de algunos de los problemas más interesantes, tanto históricos como historiográficos, que surgen de cualquier estudio del carlismo, y luego sugerirles, con la humildad debida de un extranjero, algunas estrategias, tanto metodológicas como practiquísimas, por las cuales aquellos historiadores que gozan de la buena fortuna de estar en el mismo sitio tal vez pudieran abordar estos problemas.

Hace unos veinte años que el comunicante comenzó a interesarse por el carlismo. Más tarde, terminada ya su tesis doctoral sobre la actuación de los carlistas bajo la Segunda República, concibió el proyecto —mostrando así más vanidad que sentido común— de escribir una historia del carlismo en gran escala, por no decir definitiva. Su intención fue la de adoptar una metodología rigurosamente analítica, así como un énfasis marcadamente sociológico, o al menos «socio-histórico». Apenas iniciada la obra de investigación, se dio cuenta el comunicante de lo quijótica que fue la empresa suya. El problema que le confrontaba era bastante sencillo (sencillo a percibir, aunque no a resolver), y debía haberlo reconocido antes de aventurarse en su viaje; eso es, la carencia entonces casi total de estudios rigurosos, pormenorizados, y sobretodo de carácter local, sin los cuales ninguna obra de síntesis pudo erigirse. Había un sinnúmero de relaciones puramente narrativas, memorias de guerra,

polémicas, prensa, etc., pero de lo que buscaba el comunicante no había nada. Justamente castigado por su presunción, abandonó el proyecto –o, digamos, lo aplazó unos decenios. Desde aquellos días, como todos saben, se ha efectuado una verdadera transformación; los esfuerzos de, por ejemplo, Aróstegui, Extramiana, Real Cuesta, Winston, Coverdale, Barahona y, por supuesto, varios de los asistentes a este congreso, nos han llevado una gran distancia hacia la solución del rompecabezas carlista.

Sin embargo, nos queda mucho que hacer. Es un hecho extraordinario, por lo menos a primera vista, de que a pesar de la obra magnífica realizada, en los últimos años, en el campo de la historia contemporánea de Navarra, tenemos con todo un entendimiento más claro, y seguramente más acabado, del carlismo de algunas otras regiones –por ejemplo Galicia– que lo que tenemos del carlismo de esta propia región donde se presentaba como lo más fuerte y perdurable. O tal vez, en virtud de dichas características, no es del todo sorprendente. En las otras regiones de España el carlismo, en cualquier momento determinado, fue un movimiento relativamente limitado, hablando sociológica y culturalmente; por eso ha resultado, como objeto del estudio historiográfico, más o menos netamente definido. El carácter del carlismo navarro se presenta como sumamente distinto. Aquí en Navarra, desde los 1830 (o más antes en la forma de sus predecesores inmediatos) hasta 1939 y aún más allá, el carlismo fue una causa auténticamente popular, y a veces un movimiento activo de masas, que llegó a ser un elemento integral de la cultura regional, así como de la tradición local y familiar. Es este mismo proceso, a través del cual el carlismo se entrelazó con tantos otros aspectos de la vida navarra, el que hace tan difícil la separación del carlismo navarro como objeto de la investigación histórica.

No es preciso decir que hay mucho que sí sabemos acerca del carlismo navarro. Sabemos, por ejemplo, quienes, en cada momento, fueron sus líderes; sabemos cuantos fueron los voluntarios carlistas en las varias campañas de la causa, de donde vinieron y como les pasaron las batallas; sabemos la cantidad y la distribución de votos registrados en las elecciones etc., etc. Esta comunicación, sin embargo, va a subrayar no las esferas de nuestra sabiduría sino algunas de las lagunas historiográficas que todavía existen y sin llenar las cuales no podremos esperar un entendimiento total de este notable fenómeno que es el carlismo. Entre estas lagunas sobresalen dos: la llamada «carlistización» de Navarra, es decir la penetración, durante el siglo XIX, de la afición a la causa carlista en muchas áreas de la sociedad y cultura navarras; y el «poder de sobrevivencia» del carlismo navarro. Quizás se debiera añadir una tercera, aunque sin abordarla aquí: la decadencia carlista experimentada bajo y después del régimen de Franco.

Volveremos más tarde a estas cuestiones; al principio, empero, vale la pena considerar tres aspectos, estrechamente relacionados, del carlismo durante el siglo de su mayor pujanza, 1833-1939: su base social; las relaciones entre la base y la élite carlista; y el empuje político-ideológico del movimiento. Algunas reflexiones acerca de estas cuestiones tal vez demuestren la necesidad de nuevas iniciativas investigativas.

Como la mayoría de los movimientos políticos de derechas –y, aunque se puede dudar esta etiqueta, conviene aplicarla aquí– el carlismo presenta al menos dos caras, la de la base popular y la del liderazgo. Ya queda claro que, durante la primera mitad del siglo XIX, la base popular de la causa carlista constituyó una respuesta amplia y «multiclasista» a las tendencias modernizantes y centralizantes del estado liberal, así como a la intrusión en la economía regional de las manifestaciones capitalistas ligadas al liberalismo. Hay que tener en cuenta que, en el norte de España durante la época de las guerras carlistas e incluso al fin del siglo, no existía otra forma de protesta popular contra dichas tendencias. Aunque no se puede aceptar sugerencias –políticamente más que intelectualmente inspiradas– de que esta respuesta fuera «incipiamente socialista» (¿qué frase más absurda en este contexto?), al mismo tiempo

hay que reconocer que tampoco contiene nada que se pueda considerar como intrínsecamente derechista. La verdad es que durante y después de la primera guerra carlista ocurrió lo que podemos llamar un proceso de vinculación entre dos antiliberalismos, uno de ellos «popular» y el otro «elitista». Dicha élite estaba compuesta de una nobleza muy distintiva, de menor categoría y en su mayoría residente en la región, y de un clero popular (en ambos sentidos de la palabra) y cada vez más conservador. Estas fuerzas, antiliberales por sus propias razones, impidieron toda posibilidad de que el carlismo, como movimiento socio-político concreto, evolucionase en una dirección «izquierdista», y, al contrario, lo llevaron hacia la extrema derecha.

Hay que tener en cuenta que este proceso no significó la captura, conspiratoria y deliberada, de las masas por una élite cínica y oportunista, ya que desde los primeros días las cosas se presentaron en una forma mucho más compleja y sutil. No obstante, durante la primera mitad de la historia del carlismo, el carlismo en Navarra (así como en otras regiones) funcionó en no menos de dos niveles: fue simultáneamente un movimiento de protesta popular y un vehículo para los intereses —materiales, espirituales e institucionales— de sus líderes. En lo que se refiere a Navarra, hay que añadir otro ingrediente muy importante. Entre la primera guerra carlista y la guerra de 1872-76 comenzó aquel proceso misteriosísimo, antes llamado «carlistización», proceso renovado y atrincherado en los últimos decenios del siglo XIX, y por medio del que una gran parte de Navarra llegó a ser, por decirlo así, «territorio carlista». Pero, y especialmente después de 1876, parece que el elemento de protesta, por lo menos si esto lo entendemos en el sentido socio-económico, en su mayor parte decayó. De esta manera llegó el carlismo a ser el movimiento monolíticamente conservador que tan bien conocemos.

Esto se confirma cuando se considera el período del «canto del cisne» del carlismo, es decir los 1930. En el nuevo ambiente social, político y religioso de la Segunda República, el carlismo navarro demostró que conservaba mucho de su vigor; pudo explotar sus lealtades establecidas como para extender su organización y sus actividades hasta casi todos los pueblos de la región. El carlismo de los 1930, si bien no habría existido sin sus tradiciones, con todo se diferenció mucho del carlismo decimonónico. No cabe duda de que representó un movimiento de protesta religiosa contra los vientos anticlericales que soplaban desde Madrid; sin embargo difícilmente se pudiera adscribir al carlismo el papel de protesta socio-económica que había jugado en otro tiempo. Al contrario: para los 1930 habían surgido otras formas de protesta social, más «conscientes» de las realidades sociales y más organizadas; así que la base social del carlismo se había estrechado, su afición a la causa del conservadurismo social se había hecho todavía más evidente, y conmensurablemente menos evidentes fueron las contradicciones entre líderes y masas. Aunque no cabe duda de que el renacer popular carlista de los 1930 fue originalmente una respuesta a la política religiosa de la República, este no basta como para explicar la pujanza del fenómeno. Lo que a este comunicante le parece no menos impresionante es el papel, cada vez más importante, del carlismo como fuerza del antisocialismo militante. Este papel lo jugó el carlismo más obviamente en la Ribera de Navarra, donde la República y aún más el PSOE gozaban de un apoyo apreciable, y donde durante los años de la República los conflictos sociales alcanzaron un nivel no despreciable. Acerca de esta compleja trayectoria histórica, por la que el carlismo navarro, para los 1930, se había hecho un movimiento puramente reaccionario, todavía nos queda mucho que aprender. La causa carlista, tanto como el propio movimiento que constituyó su exteriorización organizada, manifestó un poder de sobrevivencia verdaderamente singular. La precisa naturaleza de tal poder, sin embargo, todavía está por identificar. ¿Por dónde hay que buscarla: en la continuidad esencial del carlismo navarro o en su capacidad proteica de adaptación? Este es el problema que nos confronta.

Dicho problema, además, asume una posición trascendental para quien quiera entender este fenómeno histórico extraordinario que es el carlismo navarro. A manera de ilustración, consideremos el modo en que un historiador inglés, muy conocido, representa el ambiente navarro del carlismo. Las palabras son de Hugh Thomas, quien explica así la elección navarra del «camino carlista».

«Los navarros eran un grupo satisfecho de pequeños propietarios que anidaban en las faldas del Pirineo. Navarra no tuvo ninguna burguesía ansiosa de proseguir una vida mercantil y occidental. Navarra era celosamente católica, sin nada que pudiera persuadir a sus sacerdotes para que modernizaran la doctrina cristiana. Un viaje a Navarra era todavía una expedición a la edad media».

Este retrato de una vida navarra a la vez muy cómoda y muy cerrada es, hay que confesarlo, más o menos representativo de una especie de estereotipo anglosajón. Gerald Brenan, Raymond Carr y –otra confesión– este comunicante: todos han insistido en que el carácter y la longevidad del carlismo navarro surgían de la relativa prosperidad, o al menos la estabilidad, de una gran parte de la sociedad rural navarra, y del supuesto conservadurismo cultural y político que de ella resultó. Este matiz, por supuesto, no es del todo erróneo. Sin embargo, acercándonos a un entendimiento más amplio de, por ejemplo, las complejidades de la sociedad rural navarra, tenemos que considerar demasiado «reduccionista» esta interpretación. La verdad es que no sabemos bastante, a un nivel pormenorizado local y familiar, para que podamos, con confianza y certidumbre, enunciar las razones por las cuales el carlismo pudo echar raíces tan hondas en la sociedad navarra, y luego salir tan perdurable. Así que nosotros historiadores del carlismo navarro tenemos que enfrentar y abordar los problemas siguientes (entre muchos otros): el proceso de «carlistización»; lo que significó «el carlismo» a distintos sectores de la población en distintas coyunturas históricas; la manera en que el carlismo se transmitió a través de varias generaciones; la naturaleza de las relaciones (sociales, económicas, culturales y políticas) entre la masa carlista y los distintos niveles del liderato; y tal vez, por lo menos en lo que se refiere a la esfera política, la «descarlistización» que se ha registrado en los últimos años.

Esta muy modesta comunicación ha recalcado lo que al comunicante le parecen unos –no todos, como es natural– de los problemas que surgen de cualquier consideración de la historia de este fenómeno tan auténticamente navarro. Con el permiso de Vds., quisiera el comunicante, antes de terminar, proponerles algunas estrategias por medio de las cuales pudiéramos –y debiéramos– luchar contra tales problemas, principalmente por medio de un programa de investigación, en gran escala y sistemáticamente organizado.

Para explorar los problemas ya identificados, habrá que establecer cuales han sido las relaciones entre (I) la condición y el carácter de la causa carlista, en momentos determinados y en las distintas localidades de Navarra y (II) consideraciones tales como son, por ejemplo, la distribución de la tierra, de la riqueza en general, y del poder; el papel de la Iglesia, del clero, y de sacerdotes particulares; la influencia de individuos y familias de eminencia local; la aparición, desarrollo y actuación de grupos de interés y de presión etc., etc. Son muy variadas las fuentes que tendremos que utilizar en el curso de esta campaña: archivos municipales y parroquiales, datos catastrales y de Hacienda, datos de toda clase de organización (casinos, organizaciones de terratenientes, comerciantes, etc.). En otras palabras, hay que acercarnos al carlismo «de abajo arriba», estudiando fenómenos tanto no-carlistas como carlistas.

Además, no cabe duda de que miles de familias navarras, sobretodo pero no exclusivamente las familias de abolengo carlista, poseen colectivamente un montón invisible de fuentes históricas –jornales, cartas, datos organizacionales, efémera, etc. Para que la verdadera historia de la causa carlista se escriba, habrá que sacar a la luz estas riquezas. Y para que ocurra esto, se necesitará, seguramente, un programa

de investigación masiva, minuciosamente organizado, y ejecutado con no poco tacto. Lo ideal sería que se inaugurase así un auténtico Archivo del Carlismo Navarro.

Finalmente, no pasemos por alto la memoria humana. La obra insigne de Ronald Fraser y otros atestiguan el valor de la metodología de la historia oral. No obstante las bajas de guerra y de que haya pasado un medio siglo, todavía sobrevive gente carlista de la época de preguerra; hay un número mayor de navarros más jóvenes quienes, sin ser carlistas, son los productos de familias y ambientes carlistas –con todo lo que esto implica en lo que se refiere a la tradición oral. Otros, aunque no carlistas, han pasado la vida como vecinos de pueblos en los cuales el carlismo, hasta hace muy poco, estaba vivo. Dado el papel importantísimo de la tradición familiar y local en criar y transmitir la causa carlista, ¿no valdría la pena, *mientras nos quede tiempo* (ya que las fuentes del historiador oral son perecederas) de iniciar un gran proyecto de la historia oral, utilizando entrevistas preparadas con el mayor cuidado, y dedicado a revelar las esencias de este fenómeno histórico muy singular? Sobre los *episodios* que han puntuado la historia del carlismo navarro sabemos mucho; sobre los valores, las mentalidades, etc., sabemos mucho menos. Incluso a algunos de los que han servido activamente a la causa carlista, es posible que les falte un cierto conocimiento de la vida interna de aquella causa y de los que por ella han luchado. Si habla el comunicante a los ya convertidos; si sus palabras suenan ya sobrantes y anticuadas, hagan el favor de perdonarle. Si no, pues ¡Unámonos en el Proyecto del conocimiento del Carlismo!

BND

